

IGLESIA Y MONAQUISMO EN EL CAMINO DEL FUTURO

INCULTURACIÓN Y TRANSFIGURACIÓN

1. INCULTURACIÓN. UNA NECESIDAD UNIVERSAL

Si hablas de la conservación de la cultura, siempre creen que hablas de orgullo nacional, cuando en realidad hablas de la estricta economía nacional. El producto más caro en el mercado mundial no es el oro ni el diamante, sino la cultura. Cuando un pueblo convence al resto de la humanidad que su modo de vivir es el mejor para el resto del mundo, su cultura —que en definitiva no es más que el arte y manera con que él se desenvuelve con respecto a su medio específico— se convierte automáticamente en un producto de comercio y, lo que es más grave, él mismo fija su precio.

Con estas duras palabras el poeta de África occidental Obi Egbuni pone de relieve la impotencia de las culturas africanas frente al progreso —imposible de detener— de la civilización occidental. A principios de los años '60 la mayoría de los países del África negra lograron su independencia. Esto sólo era un primer paso. Detrás de la lucha por la autonomía política se ocultaba el deseo profundo de una liberación de toda clase de tutela cultural: los africanos quieren ser africanos. No quieren que otra identidad sea añadida a su identidad africana, antes bien, quieren ser conside-

* D. Notker Wolf es Archiabado de St. Ottilien desde 1977.

1. OBI EGBUNI, *Göttliche Kraft*, cit. en *Das Afrika der Afrikaner. Gesellschaft und Kultur Afrikas*, hg.v. R. Jöstel, Edition Suhrkamp N.F.39, Frankfurt, 1982, p.12.

rados como compañeros copartícipes en un mismo pie de igualdad, ser equiparados con los otros países y continentes.

Por su parte la Iglesia, en estos últimos años, inició un movimiento que al principio no tenía nada que ver con los eventos africanos. El Papa Juan XXIII tuvo el amargo presentimiento de la insensible separación entre la Iglesia y la sociedad moderna. La predicación de la Iglesia acerca de los problemas actuales, ¿es aún adecuada a un mundo industrializado, amante de la libertad y a menudo ajeno a la fe? Esta era la cuestión fundamental. Por eso convocó el Concilio Vaticano II, que debía ocuparse menos de cuestiones dogmáticas que de cuestiones pastorales. Los Padres conciliares dieron una respuesta con la Constitución *Gaudium et Spes*, que despertó mucho interés por entonces y en la que procuraban definir de un modo nuevo el lugar y las tareas de la Iglesia en el mundo de hoy.

Si bien el Concilio estaba aún esencialmente motivado por las experiencias de la Iglesia occidental, poco después de aquél las Iglesias jóvenes de otras regiones culturales atrajeron la atención sobre sí. En esos países, el impulso hacia la autonomía política promovió también el reconocimiento de la independencia religiosa. La revalorización teológica de la Iglesia local había abierto el camino y la dirección de la misma pasó a manos de indígenas. La autorización para el uso de la lengua vernácula en la liturgia fue otro motivo de satisfacción. Pero esto no bastaba: urgía en forma apremiante el llamado a una inculturación más general. El verdadero proceso para que la Iglesia sea "de casa" en las culturas no-occidentales es una tarea que nos queda por hacer.

En el contexto de esta exigencia de inculturación, se ve cada vez con más claridad que la Iglesia misma, heredera de su ambiente occidental, ya no está inculturada en su medio. Cuando el Papa Juan Pablo II, en los últimos años, llama con creciente insistencia a una "nueva o re-evangelización" de Europa Occidental, es porque el problema de la inculturación de la Iglesia y de su predicación en nuestro mundo de hoy debe ser el problema fundamental. La cuestión de la inculturación de la Iglesia se ha convertido en una aspiración universal.

Hasta ahora los monasterios benedictinos se han mostrado poco afectados por la exigencia de la inculturación. Hasta hace poco, su número en las Iglesias jóvenes no era de importancia. En los Congresos de Abcides, nuestros hermanos de África y Asia estaban

poco representados, ya que sólo una abadía o un priorato conventual pueden enviar un delegado, y el camino de una fundación hasta su autonomía en general es largo. Por eso hasta nuestros días en la Confederación se prestaba poca atención a los tanteos y luchas de esas comunidades para su arraigo en las respectivas sociedades. Pero en realidad en estos monasterios la inculturación se ha tornado una cuestión candente, según lo demuestran las actas de las sesiones de la A.I.M.

Hasta ahora en los antiguos monasterios de Europa y de América la cuestión de la inculturación tampoco era de actualidad, porque los monasterios benedictinos mismos podían ser considerados como ejemplos de una inculturación ya lograda. Un monasterio alemán enseguida es reconocido como tal, sin necesidad de saber a cuál de las cinco Congregaciones pertenece. Los monasterios de Francia llevan la impronta del espíritu francés, así como los americanos reflejan el "american way of life". A veces la adaptación de la Regla de San Benito a los modelos de pensamiento y modo de vida de cada sociedad ha ido tan lejos, que las formas de vida de los benedictinos, cistercienses y trapenses de una misma región apenas se diferencian unas de otras.

Los movimientos de reforma en la Iglesia después del Vaticano II ciertamente se habían extendido también a muchos monasterios. El retorno al espíritu de los fundadores, pero también la adaptación al modo de vida moderno y los desafíos de la sociedad eran las metas que se había propuesto el Concilio. En general, pareció al principio que la evolución estaba bien encaminada. Después de una década de mucha merma, el número de ingresos comenzó a aumentar. Pero recientemente muchos hermanos vuelven a plantear la cuestión: ¿Cómo seguir adelante? Los nuevos caminos, tan esperanzadores, vuelven al fracaso. Algunos monasterios han llegado al límite más bajo de su existencia, o llegarán a él dentro de pocos años. No quiero presentar una imagen pesimista. En Alemania los benedictinos son aún los más numerosos respecto a las demás Órdenes y los que tienen más novicios. Pero en general, el número de vocaciones religiosas en Alemania va bajando notablemente desde hace tres años.

También algunos otros monasterios benedictinos de tradición antigua tienen un buen reclutamiento de novicios; otros, en cambio, los están esperando desde hace años. Donde entran candidatos, muy pronto se los integra en los trabajos de la comunidad pa-

ra ocupar las vacantes dejadas por los hermanos más ancianos. Por lo tanto en muchos lugares falta tiempo para una formación cualificada; el nivel intelectual de nuestros monasterios amenaza zozobrar. La dificultad de nuestra Orden para aumentar el cuerpo de profesores de San Anselmo es sólo una de las consecuencias visibles de ello.

Como la Iglesia occidental en conjunto, padecemos de la actitud de nuestras sociedades que están perdiendo la fe. Nuestras vocaciones provienen aún en gran parte de estratos tradicionales, que disminuyen cada vez más. El proceso de un ensayo de adaptación a los valores de la vida actual, ha dado poco resultado; nos vemos obligados a comprobarlo con toda objetividad. Por eso algunos se aferran a las viejas tradiciones; pero no se puede volver atrás el curso de la historia.

Tanto la Iglesia como los monasterios tenemos que encontrar un camino para el futuro; porque la Iglesia tiene que realizar una tarea salvífica en un mundo que sufre bajo el peso del pecado. La Iglesia no quiere negar los valores positivos de una determinada cultura, como tampoco las posibilidades técnicas, ni los valores del pensamiento liberal y democrático, sino que quiere ponerlos al servicio de todo el hombre en un horizonte más amplio de salvación. Por tanto, es necesario comprender las culturas con el espíritu del Evangelio. No podemos limitarnos a "re-accionar", sino que debemos devenir activos desde nuestro fundamento propio, es decir, desde el Evangelio y la Regla. Esto es válido tanto para los monasterios antiguos como para los monasterios jóvenes.

Por lo demás, en Occidente, nos hallamos ante el hecho del quebrantamiento de la unidad de la cultura. Debido a las inmigraciones desde otros países, nos vemos confrontados con un pluralismo de culturas y de religiones. Por otra parte, la civilización occidental con sus conquistas científico-técnicas y el ideal de un pensamiento liberal-democrático avanza por todos los rincones de la tierra, de modo que también allí se encuentran elementos modernos dispersos junto a antiguas tradiciones culturales y religiosas. Ante este pluralismo cultural y religioso la cuestión de la inculturación se torna aún más compleja.

2. INCULTURACIÓN Y TRANSFIGURACIÓN

Esto ¿cómo seguirá, cómo deberá y podrá seguir? ¿Se están planificando modelos y caminos para el futuro? Antes de afrontar estas cuestiones, desearía examinar lo que significa para nosotros los cristianos la exigencia de inculturación, y con ello la inculturación del Evangelio:

2.1 *La exigencia de la inculturación del cristianismo*

La cultura determina el modo de vivir y la forma de vida de las naciones, de los pueblos y de las sociedades. Por eso no debe ser reprimida ni desnaturalizada. Los pueblos mismos quieren determinar lo que están dispuestos a admitir en su encuentro con otras formas de cultura. El fortalecimiento del Islam así como la obstinada resistencia de la República Popular China al reconocimiento universal de los Derechos del Hombre y de la democratización del país, tienen allí, en gran parte, sus raíces.

De ahí también que, aún hoy, la Iglesia, y más especialmente la Iglesia Católica Romana sea considerada como un producto de la cultura occidental. En efecto, el cristianismo es un elemento esencial de la cultura occidental, y a la vez, quedó sellado hasta ahora en su forma original por las tradiciones de la cultura occidental. Allí donde los misioneros han logrado implantar la Iglesia, los cristianos reclaman la libertad de transmitir el mensaje cristiano y la vida espiritual cristiana en su forma propia y con una expresión propia, conforme a las tradiciones de su cultura ancestral. Esto significa bastante más que una simple adaptación.

2.2 *La dimensión antropológica y sociológica de la inculturación*

Ahora bien, no podemos fraccionar en partes el cristianismo occidental, a saber, cultura occidental y mensaje del Evangelio, como si hubiera un cristianismo independiente de una cultura, abstracto al cual pudiéran agregársele arbitrariamente elementos de cultura africana, árabe, asiática o india. En el encuentro de la vida cristiana y de los valores cristianos con las culturas locales comienza un nuevo proceso hasta que la proclamación, los valores evangélicos y las formas de vida cristiana hayan alcanzado una

forma auténtica. La inculturación no puede resultar de un esquema, antes bien, es un proceso que se prolonga durante generaciones, que en definitiva nunca cesa sino que continúa evolucionando siempre. Mediante estudios y experiencias puede, en el mejor de los casos, ser activado y acelerado. El punto de partida es la estima de las otras culturas y el reconocimiento de sus valores.

2.3 *Inculturación de la vida benedictina*

Esto vale igualmente para los monasterios y para los ideales monásticos. El monaquismo benedictino siempre ha mostrado fisionomías diversas, según el ambiente histórico y sociológico. Las Constituciones y Consuetudines son testimonio elocuente de ello. La flexibilidad fundamental de la Regla de San Benito ha posibilitado tal desarrollo y diversidad.

2.4 *La dimensión teológica de la inculturación*

La inculturación tiene, en el cristianismo, junto a la dimensión cultural-antropológica y sociológica, un significado más profundo, teológico. Es el deseo de Dios mismo. Dios asumió la carne en un hombre determinado y en una cultura determinada, en un tiempo determinado, en un lugar determinado. Dios se manifestó en una situación concreta, histórica. La Buena Noticia se dirigió en primer lugar a los judíos; pero su carácter universal pronto fue reconocido. A los discípulos, a los apóstoles, a las mujeres y a las comunidades, les correspondió hacer penetrar este Mensaje en las culturas de la región mediterránea. La discusión en torno a la circuncisión y algunos discursos de los Hechos de los Apóstoles permiten reconocer fácilmente este proceso. Se trata de la encarnación de Dios en todos los lugares y tiempos. El Espíritu de Dios, el mismo Espíritu Santo, es la fuerza operante de esta encarnación. Él ya está presente en los pueblos y en las culturas antes de que les llegue la Buena Noticia², y es Él quien abre los corazones de los hombres y los dispone a acoger el Mensaje. Por consiguiente esta acogida siempre se efectuará según las categorías de la respectiva cultura. En el plano teológico la lucha por la inculturación que hoy presenciamos es la faz externa de la evangelización. La

2. Cf. JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris missio*.

inculturación propiamente dicha se realiza desde el interior, bajo el impulso del Espíritu Santo. Ambas son inseparables, como el actuar humano y el divino, y están misteriosamente ligadas entre sí.

2.5 "Inculturación como transfiguración"

Pero puesto que el Espíritu de Dios representa la fuerza operante, la meta no puede ser simplemente la integración del Evangelio en una determinada cultura. Cada cultura expresa la comprensión que el hombre tiene acerca de sí mismo y del mundo, y su voluntad de formarse a sí mismo. En cuanto producto humano, ella está manchada por el pecado y el error humanos, y necesita redención y liberación. La meta de la inculturación es la renovación y transformación de las culturas sobre la base del Evangelio, la orientación de todo el hombre hacia su libertad y grandeza en Dios: una transfiguración, es decir que a través de las diferentes culturas debe aparecer la definición más profunda del hombre y de la humanidad. *Dios nos ha hecho revivir con Cristo para creamos de nuevo en Él y hacer de nosotros un hombre nuevo*, dice el Papa León Magno, en una homilía de Navidad. La redención del hombre no consiste sólo en la encarnación de la Palabra de Dios: su perfección culmina en la Ascensión de Aquel que se hizo hombre.

Al cristianismo, por tanto, le corresponderá la función crítica de la tarea de una evangelización permanente de las sociedades y culturas respectivas, de hacer ver claramente al hombre su propia dignidad y su propia meta, el destino que le ha sido propuesto por Dios. Entonces, por ejemplo, ciertas libertades aparecerán en la sociedad occidental como una esclavitud y una explotación. El valor del individuo, la dignidad de la persona individual han crecido en el suelo cristiano. La tendencia moderna por un desarrollo individual, libre y arbitrario, a la luz del Evangelio se revelará como egoísmo que a largo plazo será un peligro para la existencia de un estado y de una sociedad. Libertad, igualdad, fraternidad, los ideales de la Revolución Francesa, que están en la base de las democracias modernas sólo serán comprensibles y posibles desde su perspectiva cristiana, allí donde el hombre sea reconocido como creatura de Dios no disponible y redimida en y mediante Cristo en su individualidad intransferible y en su responsabilidad personal.

Cada cultura necesita una trascendencia no sólo en metas realizables en el futuro, sino en una dimensión que sólo le puede ser dada por la gracia de Dios. Cada cultura sólo puede tomar una forma provisoria; la redención ya ha comenzado pero aún no está completa hasta que el Señor venga a tomar posesión del señorío del mundo e instaurar en él un reino eterno de paz. Es tarea de la Iglesia señalar la realidad del Reino de Dios al hombre nuevo, y dar paso a que esa realidad comience y prospere. La Iglesia se halla en camino en medio de este mundo en transformación. Por eso la inculturación ha de ser un proceso permanente.

2.6 *El papel de los monjes y de las monjas*

Los monjes y las monjas, y asimismo las comunidades monásticas, tienen aquí una tarea y una función muy especial dentro de la Iglesia. Como contemplativos orientados hacia Dios, el totalmente Otro, y también hacia los hombres nuevos, redimidos, y hacia una nueva comunidad fraterna de todos los hombres, ellos mantienen vivo el recuerdo de dicha realidad. Por su sola existencia son los lugares donde despuña de modo particular, en la Iglesia y en el mundo, la realidad cotidiana de los valores y culturas en camino hacia una existencia perfecta, totalmente otra.

3. LOS CAMINOS DE LA INCULTURACIÓN

¿Qué resulta, en concreto, de todo esto? ¿Qué consecuencias hay que sacar? ¿Qué caminos hay que seguir?

Resumimos una vez más: el Espíritu de Dios mismo es la fuerza operante en las culturas para conducir las a Cristo y llevarlas a la perfección en Él. Por consiguiente, la aspiración de las Iglesias locales y de los pueblos a una inculturación de la Iglesia en todas sus formas de vida, incluida la vida monástica, no es ni moda pasajera ni exigencia nacionalista. Como desde el principio, también hoy la Palabra quiere encarnarse en todos los pueblos.

3.1 Condiciones generales.

Fundamentalmente, esto requiere oído atento y disponibilidad para aprender simultáneamente por parte de los Padres de la fe, de las abadías y de las congregaciones fundadoras, y por parte de las Iglesias jóvenes y de los monasterios jóvenes. Aun los monasterios ya bien establecidos necesitan una nueva toma de conciencia sobre sus culturas propias. Ciertamente tienen un proceso de inculturación tras de sí. Pero el ambiente se ha modificado y sigue cambiando. Les incumbe la misma tarea de escucha que a los monasterios jóvenes del Tercer Mundo.

Inculturación significa ante todo que no somos simplemente actores sino que devenimos buscadores y que estamos dispuestos a recibir influencias. En la medida en que nos comprometemos con nuestro ambiente y en la medida en que estemos dispuestos a compartir, también recibiremos nosotros. Se trata —como ya indicamos— de una apertura crítica porque, a ojos vistas, no todos los modelos culturales de conducta llevan al hombre a su libertad ni hacia Dios.

A pesar de todas las buenas intenciones debemos comprobar que hoy, de hecho, las culturas sólo llegan a una independencia relativa. Mediante las modernas posibilidades de comunicación y de técnica, la humanidad va hacia una cultura y una civilización universal. Pensemos solamente en el modo de vestir, los jeans y las polleras T, o en las costumbres alimenticias, el self-service, el Fast-food, MacDonalds y Coca-Cola. Detrás de esto hay potencias comerciales y técnicas a las cuales ya no nos podemos sustraer. Parecería difícil pretender que los monasterios culturalmente vivos puedan conservar aún las valiosas tradiciones antiguas de una determinada región cultural. A veces, algunas sociedades pueden estar sujetas a rápidos cambios de valores. En todo caso debemos cuidarnos principalmente de no hacer folclor para el turismo. Por deseable que sea la integración de elementos culturales locales en la liturgia, hay que reconocer que las canciones del momento se oyen en todo el mundo.

Si las Iglesias locales y los monasterios sólo miraran su propio ambiente, estarían sujetos a un nuevo provincialismo.

Un obispo de Tanzania me pidió que envíe hermanos para trabajar en su país, y esto después de la indigenización de la Iglesia local: porque somos un signo de la universalidad de la Iglesia.

3.2 Reflexiones sobre el monaquismo benedictino

Ahora bien, ¿qué significan inculturación y transfiguración para nosotros, benedictinos, en el contexto actual? ¿Qué nos espera, qué caminos podemos seguir con respecto a la cultura? Sólo puedo poner de relieve algunos elementos esenciales que caracterizan la vida benedictina; ya sea según la Regla ya sea según la tradición viva.

3.2.1 Comunidad monástica y ambiente cultural de la sociedad

Monacismo benedictino significa ante todo monacismo cenobítico, vida en comunidad bajo la Regla de San Benito y bajo un abad. Esta forma de vida se ha abrevado en la larga experiencia del Oriente Medio y del África del Norte; se ha acreditado durante los últimos 1.500 años y se convirtió en punto de partida y estímulo para otras maneras de seguimiento de Cristo.

En nuestro tiempo, en que los monasterios benedictinos se desarrollan también fuera del marco europeo y norteamericano, surge una cuestión: la vida monástica ¿podrá encarnarse en otras culturas de modo que se la considere como genuina y nativa, o los monasterios benedictinos seguirán siendo cuerpos extraños occidentales en esos nuevos ambientes culturales?

Por lo demás no es la primera vez que esta regla monástica de fines de la época romana es implantada en otros ambientes culturales. Ya ha tenido procesos de inculturación cuando penetró en las regiones célticas y germanas y fue implantada allí. Se adaptaba a la vida monástica de las diferentes culturas y era a la vez un lazo de unión dentro de la misma Iglesia. En el tiempo de San Bonifacio y de Carlomagno fue considerada como la Regla romana.

En general, el modo de vida de una comunidad monástica no cristiana no le es muy diferente. Los monasterios budistas con sus monjes célibes en Tíbet, China y Corea hasta podrían ser un ambiente natural para un monasterio benedictino en el cual la vida monástica estaría perfectamente comprendida como expresión de vida cristiana. Porque en el budismo una vida monástica comunitaria es considerada como la forma de vida más elevada, y eso hasta en la tradición japonesa Zen, en la cual hoy es una etapa de la formación de los sacerdotes del templo.

La cuestión relativa a la legitimación o encarnación de la forma de vida benedictina se plantea más bien en la India, en el trasfondo de la tradición hinduista de los ashrams. La vida monástica cristiana debería adaptarse a esta estructura ya existente. Sólo los ashrams serían la forma correspondiente al pensamiento indio. Los ashrams cristianos están prosperando, y es natural y legítimo que los esfuerzos para una vida cristiana monástica se desarrollen según esta forma. Al mismo tiempo también comunidades benedictinas más numerosas podrían tener su legitimación en las culturas indias. Para San Basilio, Padre de la Iglesia Oriental, las comunidades monásticas se modelan según la comunidad primitiva de Jerusalén, por eso ellas dan testimonio, como *ecclesiolae*, de que ser cristiano no sólo significa una relación particular con Dios, sino que siempre significa también "ser Iglesia". Una tal comunidad de hermanos y hermanas muestra la nueva dimensión de la vida que Cristo nos ha dado y nos ha encomendado. En este ejemplo podemos ver bien que para nosotros, cristianos, *inculturación* no significa simplemente adaptación a una realidad cultural ya dada, sino una transformación en Cristo.

Pero aun en las culturas occidentales el estilo de vida benedictino ya no es incontestado. En un tiempo en que se quieren suprimir los vínculos permanentes, aflora la cuestión de saber si la vida monástica y la profesión perpetua no representan para muchos una exigencia excesiva. ¿No deberíamos aprender aquí de la tradición budista tailandesa, o por lo menos establecer la posibilidad de un monaquismo temporal?

En un tiempo de igualdad de derechos del hombre y de la mujer, de la coeducación y del encuentro frecuente de personas de ambos sexos en la vida profesional, ¿se puede mantener la clausura en su sentido estricto? ¿No habría de eliminarse también la separación entre monasterios masculinos y femeninos y ensayarse otras posibilidades? Son cuestiones que debemos plantearnos hoy en razón de la evolución de nuestra sociedad. Algunas comunidades monásticas jóvenes ya se orientan en esta dirección.

Ante todo la situación multi-religiosa y multi-cultural debería suscitar cuestiones acerca de otras formas de vida monástica. Ya fue mencionada la vida monástica temporal; el elemento eremítico parece ir adquiriendo un mayor significado; podríamos pensar también en el monaquismo itinerante, si bien San Benito mucho no lo estima. Podría pensarse que en las culturas occidentales y en

otras; se desarrollen otros géneros de vida monástica que correspondan a la profunda búsqueda del sentido de la vida del hombre, como a su deseo de un seguimiento personal de Cristo. La comunidad benedictina como estilo de vida monástica cristiana, forma de vida auténticamente cristiana porque eclesial, ciertamente conservará su validez y su probabilidad de éxito. Por lo demás, San Benito no escribió su Regla para personas dotadas de cualidades y carismas peculiares, sino que quería abrir una posibilidad de vida monástica al cristiano medio.

La comunidad benedictina encuentra una condición natural en las sociedades que aún están basadas en la familia grande, porque la Regla fue escrita en ese contexto. Una serie de problemas de los monasterios occidentales actuales proviene de que a menudo los candidatos provienen de familias reducidas y no han vivido un proceso natural de socialización.

De todos modos, no hay que equiparar sin más a la comunidad monástica con una familia grande. Según su estructura interna ambas pueden ser muy diferentes. Las familias de las sociedades confucionistas reconocen una jerarquía estable que tiene poco en común con la del orden monástico. También el clan africano tiene sus jerarquías, cuyo modelo de pensamiento no facilita la edificación de una verdadera comunidad de hermanos o de hermanas. Pero en este caso los mayores obstáculos serían ciertamente las diferencias de origen.

Para mantener la paz, parece ser que una comunidad requiere un cierto orden jerárquico. Pero San Benito lo basa en un principio puramente matemático-temporal. Establece un orden, pero no obstante mantiene la igualdad de todos: no se han de tener en cuenta ni la edad o el rango profesional, ni el origen social o racial. Sólo el respeto ante una realidad espiritual puede autorizar una excepción. Toda forma de pensamiento acerca de clase social o jerarquía es ajena a San Benito. Por eso en los monasterios occidentales la separación entre "monachi chori" y "fratres conversi" fue suprimida: era el resultado de una inculturación en las antiguas categorías sociales. San Benito, que está enteramente sellado con el espíritu del Evangelio y por la realidad de nuestro ser en Cristo hijos e hijas del único Padre del cielo, plasma un programa de vida que también hoy puede ser vivido en un ambiente democrático y socialista y que debería mantener toda su fuerza de atracción.

No siempre será fácil discernir dónde influencias culturales que aparentemente favorecen la aspiración cristiana, en realidad la encubren o absorben. En una época de orden militar y de absoluta conciencia del deber en la vida pública, la obediencia en los monasterios parecía fácil, pero la obediencia de la fe va mucho más lejos que la mera subordinación funcional. En el seguimiento de Cristo obediente, que no busca sino la voluntad de su Padre, la obediencia de la fe de un monje cristiano también se diferencia de la de un discípulo zen, el cual debe a su maestro una obediencia absoluta, porque éste es portador de la naturaleza de Buda. San Benito conoce las fragilidades humanas y la posibilidad de error del abad. Por eso ve la posibilidad de la oposición del monje, y también determina que el abad, por su parte, en sus decisiones pida consejo a todos los monjes, aún a los más jóvenes. Si bien muchas culturas se inclinan a la gerontocracia, para San Benito lo que cuenta es la libertad de la vocación mediante el Espíritu, la cual ya se manifestó en los jóvenes líderes del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Podemos observar, en los monasterios de la esfera occidental, cuán poco lograda está la inculturación. A mediados del '60 durante y después del Concilio se desencadenó un ansia impetuosa de libertad individual y una ardiente tendencia a forjarse la propia vida. Las revueltas de los estudiantes de 1968/69, los nuevos modelos de vida en las "comunidades" eran síntomas claros de un irrefrenable anhelo de libertad. Toda forma de autoridad era considerada como un atentado a la libertad individual. Este pensamiento de libertad naturalmente influye también en nuestros monasterios. Los hermanos subrayan su responsabilidad propia y rechazan toda tutela. El abad debe dejarse cuestionar con respecto al modo de ejercer su autoridad y ver si tal vez no lo determinan, de modo inconsciente, modelos autoritarios de tiempos anteriores. Muy fácilmente la tutela y las actitudes autoritarias pueden adornarse de religiosidad. El capítulo 3 de la Regla de San Benito, sobre la deliberación y discusión común de los hermanos, adquiere en nuestros días una actualidad particular, como también el capítulo 21, según el cual en las comunidades más numerosas el abad debe instituir decanos a los cuales podrá delegar parte de sus responsabilidades. En este compartir las responsabilidades San Benito no ve ninguna disminución de la autoridad del abad. En última instancia Cristo y su Espíritu son los que conducen la comunidad. Una tal comprensión de la autoridad sería, en cambio, impensable en los maestros bu-

distas. Fundamentalmente la obediencia monástica es ajena a toda cultura, pero sin embargo ella abre al hombre una nueva perspectiva en su orientación hacia la autoridad de Dios, como también en su apreciación personal referente a sus hermanos y en su responsabilidad personal respecto a su salud espiritual. La autoridad practicada en esta forma satisface la actual necesidad democrática y ofrece un apoyo firme en este tiempo falto de orientación.

Otra condición para la existencia de una comunidad espiritual es el celibato por amor del Reino de los cielos. En África, donde sobre todo la vida y la transmisión de la vida representan los más elevados valores culturales, la decisión por el celibato resulta difícil, aun cuando el gran número de Hermanas parece demostrar lo contrario.

En forma análoga esto vale también para la civilización occidental. La unión libre se ha generalizado a tal punto que tanto para los jóvenes como para los adultos la continencia sexual resulta casi imposible. Además, se está propagando la tesis de que el hombre sin la unión sexual no alcanza pleno desarrollo psíquico. El celibato por el Reino de los cielos es también cualitativamente diferente del celibato de los monjes asiáticos, aun cuando algunos escritores espirituales occidentales, con su hostilidad hacia lo carnal, se acercan más a estos monjes que al mensaje liberador de Jesús. El celibato no es una institución occidental que no conviene a otras culturas, sino un consejo evangélico. Justamente porque se lo comprende poco, y porque se lo sigue impugnando siempre, este signo es la señal más clara del carácter provisorio de nuestro mundo y de un seguimiento concreto de Cristo.

Un problema agudo para los monasterios jóvenes en países pobres es la cuestión del ideal benedictino de pobreza, ya que estos monasterios deben más bien luchar por su supervivencia económica en países que están en bancarrota financiera.

La pobreza como comunidad de bienes, como renuncia a la propiedad privada, no es en sí algo nuevo en las culturas africanas. La comunidad de bienes y la preocupación común por la familia es algo obvio en los clanes. La ausencia de reivindicaciones se da por sí misma a causa de las condiciones de vida muy pobres; de hecho los monasterios jóvenes pronto están por encima del estándar de vida de su ambiente, en gran parte a causa de su relación con los monasterios occidentales.

Justamente aquí comienzan los problemas para cada uno como también para la comunidad: el joven monje ve la relativa riqueza de su comunidad, pero no puede disponer de ella, mientras que en su casa, su familia vive en la indigencia y espera ser ayudada por él. La tensión entre la riqueza relativa del monasterio y la pobreza de su familia no puede ser solucionada de un modo simplemente disciplinar. El lazo con la familia y la consciente responsabilidad respecto a los parientes están tan profundamente arraigados en su naturaleza emocional y cultural que provocan en el candidato conflictos que deben tomarse en serio. Debido a la responsabilidad del hijo mayor respecto a su familia, algunas comunidades no aceptan como candidatos a los hijos mayores, aun cuando esto tendría un sentido bíblico y sería un honor para la familia ofrecer su primogénito al Señor. Una solución podría ser, tal vez, desarrollar en la comunidad un sentido de responsabilidad solidaria con el ambiente y con las familias de los candidatos. El camino sería el de compartir con la gente, pues lo que poseemos no nos pertenece sólo a nosotros.

Por otra parte habría que considerar si no deberíamos destacar aún con más énfasis el aspecto espiritual recién mencionado. Así, el ingreso de un joven o de una joven en un monasterio no sería simplemente asunto privado, sino al mismo tiempo ofrenda hecha al Señor por los padres y por toda la familia³.

Un problema particular lo constituye hoy la autonomía económica de la comunidad. Por una parte, los monjes tienen que vivir del trabajo de sus manos y por otra, hoy los monasterios están ligados a la situación económica del pueblo. Rara vez nos encontramos con una economía de subsistencia agraria tal como existía en la época de San Benito. El éxito del trabajo agrícola de un monasterio está estrechamente condicionado por la situación económica de un país o de estructuras superiores, como por ejemplo la C. E. Con ello el futuro económico de los monasterios antiguos es un problema cada vez más serio. De qué manera un monasterio de un país super endeudado del Tercer Mundo puede alcanzar su autonomía económica, sigue siendo un asunto sin solución. Estas cuestiones tal vez puedan parecer poco espirituales, pero no es menos cierto que corresponden a una inculturación que, sin consultárenos, se nos impone.

3. CL. RB, 59

Con la pobreza se relacionarían también otros temas que según las sociedades, tienen mayor o menor importancia. Está la cuestión del mantenimiento y cuidado de los edificios, del cuidado de los útiles y herramientas, que en algunas culturas aún no ha atraído mucho la atención. La indicación de San Benito de que todos los bienes del monasterio deben ser tratados como vasos sagrados del altar, podría motivar un nuevo comportamiento. En los países abiertos a la ecología, los monjes podrían descubrir de modo nuevo que no sólo no poseen nada en el monasterio sino que toda la creación es un don de Dios que les ha sido asignado pero que no les pertenece.

La pobreza de los monjes ha hecho madurar en la historia dos consecuencias persistentes. En su desprendimiento de las cosas de este mundo los monjes descubrieron lo que tenían de común con los discípulos a quienes Jesús había enviado a predicar el Reino de Dios. Los monjes irlandeses y escoceses emprendieron una *peregrinatio propter Christum* y abrieron paso al mensaje cristiano a través del continente europeo. Pero como la pobreza benedictina no consiste en una renuncia consciente a los bienes materiales, estos monjes fueron también capaces de devenir activos en la creación cultural. Buena parte de los grandes bienes culturales de Occidente provienen del trabajo de los monjes. Es de desear que también los monasterios jóvenes intervengan activamente en la conservación y en la creación cultural, y que los antiguos no se limiten a preservar sus bienes culturales sino que se abran a un nuevo desarrollo cultural. La pobreza, en cuanto desprendimiento interior, libera las fuerzas creadoras del hombre.

3.2.2 La evolución y el significado de las Consuetudines para la inculturación

Vivir en comunidad en base a los consejos evangélicos parece ser, según lo dicho hasta ahora, una forma de vida cristiana que no sólo sería ciertamente posible en las diferentes culturas sino que también las enriquecería. Ser cristiano significa seguir al Crucificado y Resucitado y vivir en la comunidad eclesial. Es así que la inculturación de los monasterios antiguos en la cultura posmoderna de las sociedades industriales occidentales debería plantear el más serio problema.

Las diferencias culturales se manifiestan más visiblemente en las Consuetudines de cada monasterio, en las indicaciones concretas para el cotidiano monástico. Así podríamos recorrer los capítulos (de la Regla) uno por uno, y preguntarnos cómo se podrían escribir en forma renovada conforme a la época y a la cultura actual.

En la liturgia rigen en todas partes las normas de la Iglesia local. Pero queda abierto un amplio margen de libertad. San Benito ha ordenado minuciosamente la Liturgia de las Horas, pero a la vez ha otorgado al abad una gran libertad en su estructuración, libertad que va más allá de los cuatro modelos permitidos hoy. Tal vez deberíamos volver a la libertad de San Benito. Se podría pensar, por ejemplo, en dar cabida a textos sagrados de otras tradiciones religiosas. Los rituales monásticos podrían incluir muchas costumbres de la cultura local para la elaboración de los ritos de profesión y de exequias y para la estructuración de los tiempos litúrgicos. Así, los benedictinos podrían enriquecer las formas de vida de la Iglesia en vez de limitarse a esperar que lleguen directivas "de arriba". Un aporte para la Iglesia podría ser también que los benedictinos muestren, frente a las tendencias subjetivistas actuales en la preparación de la liturgia, que la finalidad del Opus Dei no es un Opus hominis.

El silencio como escucha de Dios, del superior y de los hermanos, seguirá siendo una actitud fundamental del monje. Pero habrá costumbres diferentes respecto al silencio, según los lugares y los tiempos. San Benito conocía la siesta, que en otros países era desconocida. En algunos monasterios, a causa del moderno ritmo de trabajo, el silencio nocturno comenzará bastante tarde; en consecuencia, la hora de la alabanza matutina igualmente será fijada para más tarde. El horario general variará según la cultura y las tareas de cada monasterio.

En cuanto a la alimentación, las bebidas, y también la abstinencia, el vestido, calzado y muchas otras cosas, el mismo San Benito ya ha señalado las diferencias regionales. En algunas culturas se podría pensar que los monjes sean vegetarianos o adopten las costumbres locales respecto a la abstinencia. El hábito monástico tradicional ¿corresponde a las indicaciones de San Benito? Hasta un Adalbert de Vogüé se atreve a ponerlo en duda.

4. Cf. *Die Regula Benedicti. Theologisch-spirituelle. Kommentar*, Hildesheim, 1983, p. 319.

El cuidado solícito de los enfermos deberá adaptarse a las reglas actuales de la medicina y de la higiene. Una ducha en la celda del monje en regiones cálidas hoy no será considerada por nadie como un lujo.

La admisión y formación de los candidatos requiere hoy un cuidado particular. Nada se debe suprimir en cuanto al rigor y seriedad de su elección, pero necesitamos un programa de formación bien estructurado, tanto más que la Regla de San Benito no ha previsto una formación particular para los candidatos al sacerdocio. Esto vale también para la misma formación monástica. La Regla de San Benito sigue siendo el fundamento espiritual principalmente por sus criterios, a saber si uno busca verdaderamente a Dios, si es solícito para la Obra de Dios, para la obediencia y los oprobios, pero hoy ya no basta con leer simplemente la Regla un par de veces durante el noviciado.

3.2.3 El significado de la "stabilitas loci" para la inculturación

Nuestros monasterios, a causa de la multiplicidad de culturas, desarrollarán muchas formas de vida diferentes. La unidad en la multiplicidad la constituirán los principios de la Regla Benedictina: el ambiente de recogimiento, de oración, de escucha; la comunidad de bienes, la sencillez y la austeridad de pretensiones; la obediencia, la humildad y ante todo el amor de los hermanos unos a otros y a su abad; la tarea coordinadora y el cuidado solícito del abad por cada uno. Ya para San Benito las costumbres del ambiente desempeñaban un papel importante en el cotidiano monástico. Por eso la *stabilitas loci* ayuda a que, con el correr del tiempo, una comunidad monástica vaya impregnándose automáticamente de la cultura local. Una inculturación cristiana se expresará en una ósmosis, en una interpenetración mutua.

El ambiente cultural se reflejará en el modo de vida de los monjes y a la vez el nuevo comportamiento cristiano irá tiñendo el entorno. Así fue cómo, penetrado por el espíritu del Evangelio, y sumándose la antigüedad greco-romana a las tradiciones de los pueblos germano-célticos, nació el Occidente cristiano.

La cuestión de la inculturación incluye también la cuestión del lugar de un monasterio benedictino en una sociedad. En los países de gran prosperidad económica y progreso técnico, un monasterio

puede presentarse como alternativa a los valores habituales, para orientar hacia Dios en una época que olvida a Dios, y mostrar más claramente al hombre estresado los auténticos valores humanos. En cambio, en una región material e intelectualmente pobre, una vida monástica que se encerrara en la propia comunidad, no sería un testimonio cristiano fidedigno⁵. En esos lugares las comunidades monásticas no pueden menos que compartir con otros sus bienes espirituales, intelectuales y materiales.

Finalmente debemos velar con todo cuidado para que en nuestra solicitud por conservar nuestro carisma propio, no nos aislemos de los esfuerzos de la Iglesia local y de otras comunidades religiosas:

No hay más que un único Pueblo de Dios y una única familia humana. Nuestro ser y nuestro obrar complementan el ser y obrar de los otros.

Por lo demás, contactos con nuevos movimientos monásticos pueden sensibilizarnos respecto a las necesidades de hoy. Encuentros con otros monjes no cristianos de la región, nos ayudan a reflexionar sobre nuestro propio camino y encontrar nuevos estímulos. Monjes de origen budista e hinduista son testigos de una rica cultura y tradición. Allí experimentamos las posibilidades concretas del desarrollo de nuestra vida y, sin duda, también las limitaciones que Cristo nos hace superar. Estar en camino con buscadores, saber que caminamos juntos, debería ser nuestro pensamiento conductor.

4. CONCLUSIÓN Y PERSPECTIVA

Vayamos terminando: después de haber hablado, en la primera parte, de la necesidad de una inculturación global de la Iglesia y de los monasterios, y en la segunda, haber explicado que la inculturación en su sentido pleno debe llevar más allá de las respectivas culturas, en la tercera parte hemos procurado ubicar diversas áreas de la tradición monástica en el contexto global de nuestro tiempo. Esto querría ser el punto de partida de una reflexión que

5. Cf. Mt 25, 31-46.

una vez más, mostrara claramente la necesidad de una inculturación crítica, trascendente, y llamara la atención sobre la posibilidad particular que tienen los benedictinos en la Iglesia, ya que a causa de la *stabilitas loci* conviven con la población local. En el pasado, la inculturación fue realizada exitosamente por los benedictinos. ¿Será también éste el caso en el porvenir?

Los hermanos que entran al monasterio están sellados por su ambiente y por la mentalidad actual; los hermanos mayores son los garantes de la tradición. Ambos grupos están inseguros. Los más jóvenes a menudo no tienen una identidad cultural bien definida y en su búsqueda de orientación se aferran a tradiciones que proceden de una fase de inculturación ulterior. Los más antiguos se ven impotentes ante los enormes cambios y las cuestiones planteadas por nuestro tiempo. La fuerza operante sigue siendo el Espíritu de Dios. Él concede las vocaciones. Por eso los jóvenes han conservado la frescura y el celo por la búsqueda de Dios y a menudo exigen el retorno a los valores monásticos fundamentales. Ulteriores intentos de adaptación han desembocado en componendas.

Será también el mismo Espíritu quien conservará la unidad de la vida eclesial y del carisma benedictino en todos los esfuerzos por tornar local la vida eclesial y monástica en las numerosas culturas. El mismo es el lazo unitivo, de modo que a pesar de todas las tendencias centralistas podemos mirar, llenos de esperanza, la multiplicidad del obrar de Dios.

La Regla de San Benito comienza con las palabras *escucha, hijo*. En ellas encontramos la clave de la inculturación. Tener un oído atento a lo que el Espíritu dice a cada uno y a las comunidades: esta es nuestra tarea. Entonces el Espíritu, que está presente en las culturas, podrá continuar guiándonos en el porvenir.

Erzabtei
8917 St. Ottilien
Alemania.

Traducción: Bernarda Bianchi di Carcano, OSB
Monasterio Ntra. Sra. de la Esperanza